

UN AMIGO VERSATIL

Por

Pierre CHILI



SI HAY algo que nos lastime y entristezca mas, es, sin duda, la ingratitud de un amigo. Junto con Jose Fernandez habamos cruzado el charco en nuestras tantas peregrinaciones maritimas, en intimo consorcio. Mis cuellos y mis corbatas, en un comunismo evangelico, Jose Fernandez cnicamente los haba usado como suyos en muy repetidas ocasiones. Hasta setenta pesos habale yo facilitado cierta vez, para librarlo de un grave apuro, pesos que jamas pense recordarselos. Emparentado desde siglos con un oidor de la Real Audiencia de los tiempos de Amat y Juniet, y por lo cual hallabase muy ufano, tena sus orgullos de raza y a muy pocos distinguia con su excelsa amistad de hombre de rancio linaje. Flaco espiritu el nuestro: sentame halagado con la distincion que me hac a. Hasta tales extremos me haba extendido sus favores que, al casarse con una distinguidisima dama de elevada alcurnia, me honro designandome padrino de su boda.

¡Encantadora mujercita la de Jose Fernandez! Tanto influyeron sus encantos en mi amigo que, a las pocas semanas de casado, al recibir una orden de dirigirse al Cabo de Hornos, prefirio el dulce y tibio talamo a la angosta litera de su camarote, y se retiro del servicio de la Armada.

Continuamos siendo tres amigos. La gentil esposa de mi ahijado Fernandez,

regalonamente empezo a llamarme su padrino, en obsequio a nuestra amistad.

Pero nada es perdurable en este mundo. Un da encontré a Jose Fernandez en la Avenida Pedro Montt y con mal disimulo se hizo el corto de vista. Atribu miop a a una distraccion muy disculpable. Pero al da siguiente, Jose Fernandez toro a no reconocerme, deteniendose ante una vitrina con manifiesta intencion de escabullirme el saludo.

— ¿Que le pasa a Jose Fernandez, que ya no conoce a sus amigos?, le pregunte a uno con amargo y penetrante desconsuelo.

— No es al unico a quien no conoce. Tomo unas acciones en la Bolsa y se ha levantado una fortuna.

— ¡No es cre ble! ¡Jose Fernandez no tena chapa! ¡No ha podido todav a cancelarme setenta pesos que me debe!

Volv a encontrarlo, y volvio a mirar las vidrieras. Lo borre de mi lista. Su retrato de casaca y charreteras, junto con el de mi linda ahijada, los part en pedazos y se los arroje a las escobas.

— ¡El muy fatuo! ¡Pod a siquiera pagarme los setenta pesos que me debe!

Y desde aquel da quedaron rotas nuestras relaciones interpersonales. ¡Quien me lo hubiera predicho!

La fortuna favorec alo con sus mas esplendorosas caricias. Ya no andaba de a pie ni medio metro. En un lujoso auto-

movil, arrellanado en blandos cojines, a traves de brunidos cristales, lo divisaba de cuando en cuando. Habia engordado un tanto. Su tez, que habia sido un poco triguena, habia adquirido una marfilena y distinguida palidez muy aristocratica. Un macizo puro, de las mejores vegas, caa de uno de los angulos de su boca plegada en un gesto de desden protector y de aburrida suficiencia de millonario feliz. Para reconocermelo desde las alturas de sus opulencias no le hubiera bastado ni uno de esos poderosos telescopios que acercan a la luna cincuenta mil veces. Ni con el auxilio de tales instrumentos, estoy seguro, hubiera divisado, adherido a la corteza de la Tierra, a la microscopica bacteria que debia ser su viejo amigo ante el monton de sus grandezas.

Pero en una fiesta oficial no pudo entenderse.

— ¡Ah! ¿Eres tu?, me dijo

— Soy yo, Excelentisimo don Jose Fernandez.

Mordisqueo el perfumado de las mejores vegas y por el angulo desocupado de su boca me dejo caer estas palabras:

— ¿Por que no te retiras de la Marina?

Sin aguardar contestacion, volvio sus olmpicas espaldas pausadamente, melancolicamente, cual conviene a un hombre que se aburre con tantos millones. Y mientras se alejaba iba diciendome con voz cansada y persuasiva:

— Hay que luchar. . . Luchar. Seras un pobregon toda tu vida. Hay que trabajar. . . Luchar.

— ¡Las luchas y los trabajos de Jose Fernandez!, pense con pica. Pararse en la calle Prat; apuntarle al cara o sello a algunas acciones y estirar despues la "poruna" para recibir el dinero. Podia el muy sinvergüenza, en vez de darme consejos, pagarme los setenta pesos que me adeudaba.

Y continuamos desconociendonos. Termine hasta por olvidar los setenta pesos que me debia con tal de no verme ligado a el por ningun recuerdo.

Tras algunos meses, como a un vulgar y primitivo bmano, lo vi pasar de a pie por la Plaza Victoria. Caminaba pensativo, adolorido y de sombrero de pano en enero.

Me hacian falta algunos pesos. Decidí abordarlo resueltamente y exigirle el pa-

go de los setenta ya tantas veces mencionados. Me miro. Abrio los ojos, aquellos sus ojos buenos y francos y diafanos de nuestras bellas epocas. Levanto los brazos y sentme atrapado entre sus tentaculos.

— Mi amigo. Mi mejor amigo. ¡Ay hijo! ¡Que dichosos tiempos los de tu buena amistad!

Me desarmo por completo. Olvide los setenta pesos.

— Hoy no te largo, me decia. Iras a almorzar conmigo. Tu ahijada no se ha cansado de preguntarme por tu extraño retraimiento.

Me arrastraba de un brazo.

— ¿Te acuerdas de aquello? ¿Te acuerdas de lo otro? ¡Ay hijo! En la vida, la mejor fortuna la constituyen los recuerdos y los buenos amigos. ¿Te acuerdas de aquella vez que, despues de medio ano en los canales, regresamos a Puerto Montt y que, habiendoseme concluido las camisas limpias, tome una hoja de papel de dibujo y me fabrique una flamante pechera de papel para asistir a unas cazuelas con acordeon, en casa de unas lavanderas? El guardiamarina mas elegante era yo. ¿Te acuerdas?

Y Jose Fernandez se reia. Pero habia algo de amargura en su risa. Su amargura se acentuo al decirme:

— Hoy dar a mi vida por aquella feliz camisa de papel de mis esplendidos tiempos.

¿Que le ocurrira a Jose Fernandez, al millonario Jose Fernandez, al orgulloso Fernandez que interiormente se vestia solo de sedas y que ahora suspiraba por una indecente pechera de papel de dibujo? Era un cambio inexplicable.

Mi ahijada salio a recibirnos con gran alborozo. Recorde los gratos rincones de su vivienda, extranandome no ver el piano sobre el cual ella manoteaba, asesinando simpaticamente con sus deditos rosas al infeliz Mozart y a otras eminencias musicas. Nunca he presenciado un acto mas cruel y descarado ejecutado con mayor soltura y encanto.

Ella adivino mi sorpresa.

— Mi Pepe (as llamaba a Jose Fernandez, acariciadoramente), mi Pepe lo mando al almacen para que le cambiaran los panos.

Mascullo su Pepe:

— Estaban viejos. Muy viejos. Los paños. Viejos.

Almorzamos en deliciosa intimidad. Se hablo de excursiones campestres y de paseos en auto.

— Al coche se le quebraron unas piezas y mi Pepe lo mando al garaje. . . ¿Cuándo te lo entregaran, mi hij'ito?

Jose Fernandez se atraganto, y culpo a unos "pickles".

Son tan demorasas estas reparaciones de automoviles. . .

Quedamos solos de sobremesa. Mi amigo se nublo de repente.

— Cada vez que oigo a mi mujercita hablar de riquezas, me dan deseos de destaparme los sesos.

La tortilla de erizos que habia ingerido en el almuerzo parecia transformarse-me en un erizo vivo, clavador y espinudo.

— ¿No eres millonario, Jose Fernandez?, le dije medio asfijado.

Inclino contristado la cabeza.

— Estoy arruinado. . . El piano, el automovil y una multitud de otras cosas estan en la agencia. Mi pobre mujercita no lo sabe. La he enganado. Y continuo enganandola para evitarle este brutal golpe.

Le tuve una lastima horrenda. Olvide y sepulte para siempre mis setenta pesos.

— ¿Pero como pudiste hacer fortuna cuando no tenias medio cristo?

— Empece con unos quinientos pesos. Un corredor me dijo que tomara Tamargales, por valor de unos cincuenta mil pesos.

— ¿Y como podias comprar cincuenta mil si solo tenias quinientos?

— No habia decreto ley que lo prohibiera. El corredor me hablo de posterga-

ciones y de otros enredos que podia afrontar con mis quinientos pesos.

— ¿Y si hubieras perdido los cincuenta mil?

— Me quedaban varios caminos: tramplearle al corredor, o rematar hasta mis colchones, o pegarme un tiro. Me habia decidido por lo ultimo.

— ¿Pero son tolerables tales negociaciones?, dije abrumado.

— Es cosa corriente. Las acciones subieron. Continuaron subiendo. Se fueron a las nubes. Me embarque en otras, subieron tambien. Desfilaban los pesos. por miles, por montones. Llegue a ser efectivamente rico.

— ¡Y te tornaste orgulloso con tu amigo, Jose Fernandez!, le dije, suave y tiernamente. lo mas tierno para no golpearlo sobre el pecho.

— Empezaron a bajar. . . A bajar. . . Lo perdí todo. . . Me he desprendido de mi auto, del piano, de mis joyas de los tiempos de Amat y Juniet. Rematare la casa y continuare debiendo. . .

Jose Fernandez se estremeció.

Al despedirme, mi linda ahijada, desde la puerta de calle, abrazada amorosamente a su Pepe, agitaba en son de despedida sus manos desde lejos.

— Vuelva pasado mañana. . . Ya estaran arreglados el coche y el piano. . . Haremos un poco de musica y saldremos en auto.

Jose Fernandez tenia cara de cadaver. Positivamente y para siempre le disculpe los setenta pesos. . . Y me aleje con una pena negra de aquella casa: dulce, fuera ella ya millonaria o no lo fuera. Tal vez mas dulce si lo ultimo. Pues su ruina habia devuelto al amigo, a mi nunca bien ponderado amigo Jose Fernandez de noble corazon y estirpe, aunque un poco olvidadizo.

